

EDUCACIÓN

Los Museos Escolares

Cada vez que me veo obligada a contemplar uno, siento una sensación semofanto a la que produce la vista de un cementerio.

Quando daba mis primeras lecciones de enseñanza froeboliana, solía decir a mis oyentes, que para mí, en la designación de esos acopios de materiales con que se enorgullecen algunas escuelas, sustituía por una B, la M. (1)

Pasaron años desde que eso se me ocurrió decir y tengo la satisfacción de saber que alguna de mis discípulas, maestras de entonces, acreditada profesora hoy, repite en clase, apoyándola, la simbólica expresión; pero poco valor dan los hechos al comentario verbal.

Los museos, no sólo se conservan; suelen tener períodos de gran esplendor, en que hay quien señala el mérito de lo coleccionado, como exponente del adelanto escolar.

Por raro que sea, esto ocurre ahora con motivo de la interpretación diversa que se ha dado, en el ensayo de los nuevos programas, a la parte titulada "La Naturaleza", cuyo espíritu está reñido con todo

(1) Referencia al cementerio del Bomo.

lo que se refiere a la muerte, no siendo para explicar ésta como un fenómeno de renovación y evitar su llegada, todo lo posible, en el curso de la vida nuestra.

Me anima por eso el deseo de tratar el punto relativo a los museos, ampliando con tal motivo las Sugerencias que van escritas en los programas referidos, tocante al grupo de materias ligadas por la corriente de vida que surge de las energías del suelo, culminando, para nosotros, en las espirituales del humano pensamiento.

Es de sentir que maestras inteligentes consagren horas y días al archivo de plantas secas, a juntar pedacitos de madera, a ordenar y enfrascar semillas, colocar sobre cartones, con minuciosa prolijidad, retazos y hebras, que, moñándose, el tiempo pronto devora con los rayos ultravioletados, la humedad y el polvo, acabando por formar cultivos de microbios, que en el campo del microscopio tendrían magnífico lucimiento.

Como la desviación de rumbo pronto ofusca, se sue- lo caer en el error de confundir el lujo de la caligrafía, del dibujo y del trabajo manual con las maravillas de la naturaleza.

Los que saben armar bonitos cuadros, si consiguen materiales, de verdadero valor, pueden hacer obsequio de ellos al Museo Pedagógico, cuyo fin especial requiere buen acoplo para el estudio analítico. En ese establecimiento está todo dispuesto para exponer los objetos.

Aún prescindiendo de lo dicho, debemos considerar que se gasta dinero, material, tiempo y espacio para tener las cosas detrás de un vidrio y no mirarlas en oportunidad.

Con intención de enseñar, por ejemplo, cómo se saca provecho de la piel de los animales, se tienen en orden, bien recortados, pedacitos de cuero de clases

diversas. Los 50 o más niños de un grupo, en el curso de una lección, ¿pueden acaso ver todo eso como se pretende que ven visto? El cartón debería quedar en las manos de cada uno de ellos, durante más de un minuto, lo que exigiría, por lo menos, una hora dedicada tan sólo a la presentación del material. Agréguese el tiempo requerido por la explicación y se comprenderá fácilmente que la simple lección del cartón, para ser dada de acuerdo con lo que se propone al maestro al preparar el cartón, sin que las anotaciones puedan ser leídas, reclama una duración que, me atrevo a asegurarlo, ninguna libreta de lecciones concede.

Por ese motivo solamente, el musco escolar encierra una farsa mantenida por la rutina que a nuestro lado va siempre, buscando el escudo de nuestras debilidades.

Como la facilidad para conseguir y catalogar requiere un conjunto de habilidades no común, por, desgracia, suele hallarse la inconsciencia de esos hechos en distinguidos maestros que empiezan por perseguir bien un propósito, y luego se alucina con la belleza aparatosa del trabajo manual.

Por la inevitable suesión de las obligaciones reglamentarias, lo que una vez se hace mal en la escuela, casi siempre se repite antes de examinar debidamente los resultados y esto acaba por desvirtuar un buen criterio, en algunos casos; lo que da motivo a pedagogos eminentes para decir que, en prueba de mérito, cuando del maestro se trata, la práctica no basta.

En los muscos escolares hay un peligro de cristalización para las facultades.

Las lecciones de "La Naturaleza" no deben darse con muestras procedentes de los armarios, a no ser,

en oportunidad de alguna cosa original, especialmente conservada.

Para enseñar que el producto industrial llamado cuero se obtiene curtiendo la piel de los animales, puede haber algo mejor que un guante, modelado con la viva impresión de la última postura, el zapato de cada niño, las carteras de que está repleto el vestuario.

La expresión del rostro de los alumnos, donde se dé una lección, sistemáticamente preparada, a base de las muestras del museo y donde se use el procedimiento aconsejado, demostrará pronto la razón de lo que expongo, a quien experimente con la sincera intención de observar resultados.

La tendencia a coleccionar es un instinto humano. Los salvajes nómadas coleccionan, llevando sobre su carne dientes, plumas, conchillas, que van formando a la vez que prendas de adorno, sus museos de hallazgos y antigüedades, o amuletos, como los que, de tiempo en tiempo, la moda impone, como detalle de gracia, a las niñas elegantes.

¿Quién de nosotros no tiene ese instinto aplicado a alguna especialidad que extiende el yo hasta límites de imaginada representación, en objetos cuya propiedad nos atribuimos con derecho inviolable?

Figuras, libros, retazos, joyas, rarezas, según la edad, el sexo, la ilustración y las inclinaciones, ocupan un lugar, donde, en íntima concentración de espíritu, pasamos momentos placenteros, evocando recuerdos, imaginando obras, tejiendo pensamientos.

Comento este punto de psicología humana, porque veo en el museo escolar una parte de la obra del instinto; pero el valor que da la individualidad a lo que cada uno guarda, no existe en el museo de la escuela; queda en él lo insulso, lo anodino, lo engadoso, lo vano.

Se piensa que los niños aprenden a interesarse por el bien común, contribuyendo a formar un tesoro para el progreso de todos; pero el mismo fin se obtiene por otro camino, con mejor resultado.

La inmensa satisfacción que siente el niño cuando entrega una piedra, un animal o una planta rara, un objeto cualquiera de los que se creen dignos de ser conservados, se extingue casi siempre poco después de haber pasado el obsequio de las manos del alumno a las del maestro, por mucho que sea el encomio con que éste exalteza al donante.

El regalo pasa en seguida al armario. Se clasifica o no; pero en ningún caso, enseña ese día, debidamente, todo lo que puedo interesar, mirándolo.

¡Qué distinto sería el resultado, si tan pronto como lo permitiera el horario de clase, se diera una lección improvisada, traspassando lo que figurara en el plan preparado!

El maestro revelaría su erudición y su talento, lo que aumentaría su prestigio en la escuela; porque los alumnos, por pequeños que sean, saben comprender cuándo la capacidad profesional es superior, cuándo no se debilita en las sorpresas.

Dando la lección en la forma aconsejada, puedo verse por la alegría del donante, por el interés de todos los oyentes, por los efectos, en días sucesivos, la diferencia que existe entre una piedra que va de mano en mano, poco después de su desprendimiento de la tierra madre y las que se muestran lujosamente rotuladas, engarzadas con vistosos cordoncitos, en los museos escolares.

En un número de la revista "Educación", leí últimamente, con placer, un artículo del inteligente profesor señor Hipólito Coirolo, destinado a desprestigiar las exposiciones, por lo que tienen de farsa.

Podemos asegurar que si la sinceridad difícilmente

encuadra en la exposición, la vida real, la ciencia de la naturaleza, la que anima a la industria y al comercio, la verdad de las cosas y de los fenómenos, tampoco entran en las vitrinas del museo.

Pero todo radicalismo es injusto. Seríamos impíos si procediéramos siempre con espíritu de indiferencia en lo que a conservación se refiere. Muchas veces debemos disimular la necesidad irremediable de dar fin a una cosa porque se trata de un liviano obsequio que el niño crea obra sólida, de mucho mérito; un insignificante dibujo, una flor marchita, la piedra referida, un trabajo de cartón sin base suficiente para sostenerse. Eso debe tener un lugar para lucir y extinguirse luego, sin amargar, con brusca desilusión, el alma del niño.

¡Qué hermosos y fecundos en enseñanza son el museo y la exposición formados con esos objetos imperfectos, pobres, deslucidos para los ojos del vulgo; magníficos para los de la inocencia que sueña!

ENRIQUETA COMTE Y RIQUÉ.